

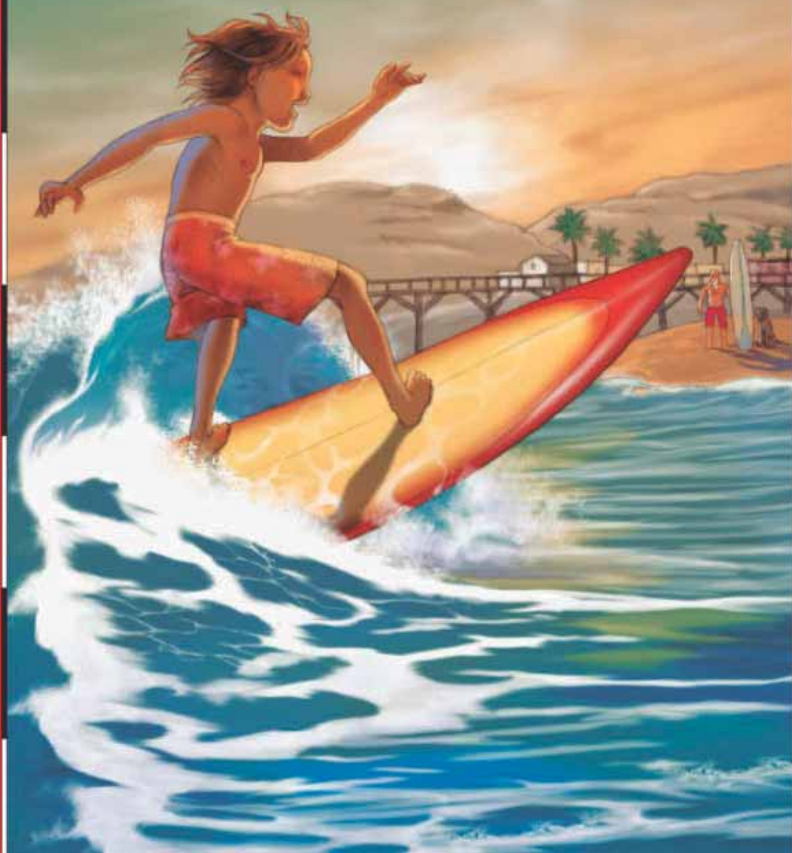
EL BARCO



DE VAPOR

Simón

Olney Goin



PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2012 - PERÚ



EL BARCO



DE VAPOR

Simón

Olney Goin

Premio El Barco de Vapor 2012 - Perú



Simón

Primera edición: setiembre de 2012

Primera reimpresión: febrero de 2013

Segunda reimpresión: diciembre de 2013

Tercera reimpresión: agosto de 2014

Cuarta reimpresión: octubre de 2014

Quinta reimpresión: agosto de 2015

Sexta reimpresión: diciembre de 2015

Sétima reimpresión: setiembre de 2016

Ilustración: Rubén Sáez

Diagramación: Rocel Rodríguez

Coordinación editorial: May Rivas

© del texto: Olney Goin, 2012

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2012
Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú
Teléfono: (51 1) 614 8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos. Lima, Perú

www.metrocolor.com

Tiraje: 5 000 ejemplares

ISBN: 978-612-4090-89-9

Registro de Proyecto Editorial: 31501311601005

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2016-12454

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ Centro Bibliográfico Nacional	
808.0683	Goin, Olney, 1985-
BR	Simón / Olney Goin ; [ilustración, Rubén Sáez].-- 1a ed., 7a reimpr.--
6P	Lima : Eds. SM, 2016 (Lima : Metrocolor).
2016	202, [1] p. : il. ; 19 cm.-- (El barco de vapor. [Serie roja] ; 6P)
	"Premio El Barco de Vapor 2012 - Perú" A partir de los 12 años.
	D.L. 2016-12454 ISBN 978-612-4090-89-9
	1. Cuentos infantiles peruanos - Siglo XXI I. Sáenz, Rubén, ilustrador II. Título III. Serie
	BNP: 2016-641
	S-15702

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Para mi querido amigo Andrés, en su cielo

Prólogo



El chico era un verdadero misterio, nadie sabía de dónde había venido ni tampoco cómo era que había llegado. Lo único que sabían era que allí estaba y que no tenía ni la más mínima intención de marcharse.

A veces, caminaba curioso por la estrecha pista de tierra que brillaba intensa bajo el sol de verano, siempre salpicada por finos granos de arena que viajaban desde la playa, gracias a algún pie humedecido o al viento tibio del poniente. En otras oportunidades, se aparecía caminando sobre el muelle, desde donde el horizonte se ampliaba y las costas lejanas se revelaban misteriosas ante sus ojos. Allí se entretenía observando las mansas gaviotas, que planeaban sobre los restos que los pescadores arrojaban al espumoso mar. Le gustaba verlas comer y, en ocasiones, ellas se colocaban junto a él.

Entre sus entretenimientos también se encontraba el caminar sobre los cerros que

amurallan las casitas de la caleta, o el coleccionar conchitas enarenadas. Pero la mayor parte del tiempo se la pasaba sentado en la orilla, frente al mar, con sus delgadas piernas cruzadas, los codos sobre las rodillas y las manos siempre debajo del mentón, como si estuviesen pegadas a él. De esta forma, tan pacífica, se pasaba horas mirando a los *surfers*, que se batían en las olas como vaqueros del mar. Su mirada se perdía en ese encantamiento que se creaba entre el hombre y el océano, y sonreía tímidamente al sentirse parte de él.

Pero así de enigmático como era el pequeño, el misterio más grande era que nunca se le había visto tocar el mar, ni siquiera un tantito, nada, ni para mojar sus pies.

Ese muchacho era yo.

El mar de los sueños



La caleta de Cerro Azul era linda y mágica, ¡y cómo se transformaba! En el día era un árido desierto rodeado por el mar de los sueños. Allí se me hacía que yo era un explorador que había llegado de tierras lejanas para descubrir nuevos territorios y civilizaciones. A veces, incluso, llegaba a estudiar a los habitantes desde lejos, clasificándolos y tomando apuntes (que en realidad eran garabatos, porque yo no sabía escribir). Pero, como ellos eran aburridos y no entendían de aventuras, me consideraban raro. Una vez hasta me llamaron *bizarro*, como me sentí insultado, no tardé en responder: “Tu abuela”. Eso me ganó un tremendo escándalo, porque, encima de que *bizarro* no significaba nada malo, resultó que la abuelita de Marquito ya estaba bien muerta. Por lo demás, Marquito era siempre bueno conmigo. Él vendía collares, aretes y pulseras que daban buena suerte. ¡Y debían de darla!, porque su trabajo le permitía estar todo el día en la playa.

Bajo la plateada luz de la luna, las cosas adquirirían un tono aún más misterioso. Y es que todos en la caleta se iban muy temprano. Desde el heladero hasta los pescadores, todos abandonaban los alrededores sin dejar rastro alguno. Encima, no había más que cuatro faros de luz pálida y muy distanciados el uno del otro, lo cual generaba sombras fantasmales. Era escalofriante, pero también emocionante. Fuera de eso, nada, el sonido del mar y el de mi corazón.

Cuando llegué por primera vez, era primavera, y me impresionó lo calentita que estaba la arena; me dije a mí mismo que esa iba a ser la mejor cama del mundo. Pero ni bien se escondió el sol tras el horizonte de nubes tostadas, se llevó consigo todo el calor, dejando un frío tan húmedo que por poco y me mata. Al día siguiente amanecí enfermo y tuve que arreglármelas para conseguir cartones que me sirvieran de cama. Con los cartones, la situación del frío mejoró; pero aún estaba la falta de sueño, y por eso me la pasaba jugando hasta altas horas de la noche en aquella calle que parecía la de una ciudad fantasma. Siempre tuve una mezcla de miedo y entusiasmo por los espíritus que supuestamente allí habitaban; quería encontrarme con uno, pero a la vez rogaba porque eso jamás sucediera. Sin embargo, mi mente se empecinaba en proyectar escenas de terror, y me hacía imaginar que de pronto se aparecía una calavera de ojos rojos, un fantasma o un vampiro chupa sangre, de esos que salen en las películas.

Es cierto que, debido a toda la situación de los fantasmas y a mi loca imaginación, a veces me costaba bastante trabajo conciliar el sueño. Pero, ¡ay!, cuando lo hacía, cuando finalmente me quedaba dormido, nada (más que el sol de la mañana) podía despertarme. De esta manera, vivía agradecido; agradecido por el arrullador sonido de las olas y también por poder dormir completamente, porque en Lima, en la grande y peligrosa ciudad, uno solo dormía a medias.

Ese día (como hacía ya varios), en las afueras del antiquísimo hotel Don Saturnino, se discutía qué hacer conmigo. Y es que, verán, en un lugar tan pequeño, la gente se entretiene discutiendo. En vez de ver televisión, discuten; en vez de ir al cine, discuten; en vez de bailar en discotecas, discuten. En fin, discuten mucho, y en ese entonces tenían toda su atención centrada en mí.

—¡Ya estoy harta! —decía doña Luisa, la vieja propietaria que parecía una momia—. Ese chiquito incomoda a todos mis clientes. Cada vez que ellos comen, él está allí, detrás de las maderas, mirando con esos ojazos que el diablo le regaló para que diesen pena.

—Es verdad —ahora era Carmela, hermana menor de doña Luisa—. Tenemos que hacer algo para acabar con esto. Ya no podemos permitir que el niño se siga comiendo los restos de comida, porque si no lo tendremos como a estos perros de acá, que mendigan todo el día.

—¡Peor que perro, hermana! Porque estos chuscos desmuelados no dan nadita de pena en comparación con el imberbe ese.

Yo escuchaba todo desde mi escondite detrás de las maderas y ya empezaba a ponerme rojo. No sabía qué significaba eso de *imberbe*, pero supuse que era algo malo. Tuve que morderme la lengua de fuego para no soltarle los mil insultos que tenía planeados para ella.

—Señora Luisa —interrumpió David, “el mano larga”, del cual yo ya había recibido más de unos cuantos manazos—, yo mismo podría ir a la municipalidad para pedirles que se lleven al sucio ese. Tan solo debo convencerlos de que está perjudicando el turismo, y ustedes ya saben cómo se ponen acá con eso. De seguro que se lo llevan al orfanatorio.

—Es *orfanato*, ignorante, no *orfanatorio*. Pero tienes razón, será lo mejor para ese delincuentillo —sentenció doña Luisa, y luego dio por terminada la reunión, ya que en ese preciso instante llegaba un cliente.

Pasé una enorme cantidad de saliva, y es que mi sueño de vivir frente al mar parecía estar llegando a su fin. En ese momento recordé las palabras de Manolete, el tío que me obligaba a pedir limosnas en Lima: “La vida es el infierno, mocososo, ¡acostúmbrate!”.

El misterioso general, espía y encantador de perros



Pero para mí todo era bonito en la playa, más parecido al paraíso que al infierno. El sonido del mar masajeando la arena, las gaviotas planeando lejanas, el sol matutino, ¡hasta el olor de pescado en el muelle me gustaba! Así que, sin tener que meditar mucho sobre ello, decidí no rendirme. Por ello me prometí no mendigar más comida en el restaurante de doña Luisa... aunque me muriese de hambre.

Pero lo que yo menos quería era morir, y para no morir necesitaba comer, y para eso necesitaba dinero, y para eso necesitaba trabajar. Era un círculo vicioso “porque, aquí, el que no trabaja muere”. Así es, las vacaciones habían terminado para mí. Y, curiosamente, habían empezado para el resto de los chicos, ya que ese sábado comenzaron a llegar carros, carros y más

carros, todos repletos de niños, jóvenes y adultos dispuestos a pasar un buen rato.

Pero no fue hasta el mediodía (lo sé porque había aprendido a leer la hora mirando al sol, como un marino explorador) en que llegó él. Su camioneta 4x4 parecía flotar sobre la pista, y en la tolva se encontraba aquel ejemplar de perro: un labrador de pelitos negros y lustrosos que ladraba tan fuerte que parecía estar saludando al sol.

“¡Son ellos!”, pensé mientras dejaba caer las conchitas que había coleccionado, de vuelta a la arena.

Yo ya había escuchado hablar de él y de su perro. Decían que era un viejo extraño, que no hablaba más que para hacer algún pedido en la tienda y que nunca sonreía. Muchas historias se contaban de él: se decía que era un general de la Marina de Guerra del Perú, que había luchado en muchas batallas y que por eso quedó traumatado. También decían que era un espía inglés y que venía a vacacionar a Cerro Azul. “Por eso no habla mucho, ¿entiendes?”, me decía Marquito... “Es para que no descubramos su acento inglés”. Algunos lo llamaban *el encantador de perros*, porque decían que podía entenderse con su perro a la perfección, ¡y eso tenía que verlo!

No dudé en correr para alcanzarlo, pero cuando llegué ya se había metido en su casa. Fue bastante desalentador, pero no importaba, porque podía esperar a verlo más tarde. Aparte, había dejado

su carro estacionado afuera; era tan blanco como los dientes de un artista y tan brillante como la piel de un pescado. Quizás tenía armas escondidas detrás de su superficie, como los autos de un agente secreto, o tal vez sus llantas podían transformarse en esquís, para luego flotar sobre el mar. De esta forma, hipnotizado por mi imaginación, empecé a acercarme, rocé sus curvas con mis dedos, sus llantotas, los aros de aleación. Era una camioneta vieja, vieja, pero tan bien conservada que se me antojaba más bella que las nuevas.

Y de pronto: la tolva. Me dije a mí mismo: "No lo hagas. Ya estás en problemas, y lo que menos quieres es uno más". Pero no pude contener el movimiento de mis pies (que en esa época parecían tener vida propia) y acabé por treparme hasta llegar adentro. Fue bastante difícil, ya que yo era muy pequeño (poco más grande que las llantas), pero, finalmente, lo logré.

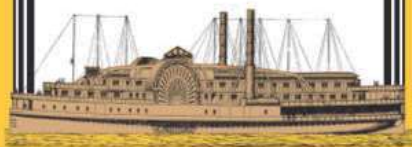
Cuando tranquilicé mis nervios me convertí en un soldado, y la tolva, en mi trinchera. Detrás de sus paredes metálicas yo disparaba a los enemigos "traca, traca, traca", y me resguardaba de sus ataques. Me comunicaba con la base para avisarles acerca del estado de mi pelotón.

—Ya estamos acercándonos a la orilla; pronto tomaremos las arenas enemigas.

Y "traca, traca, traca", hasta que me aburrí y me transformé en un piloto espacial que acababa de aterrizar en un planeta extraño, llamado *Pláyalon*.

Simón es una bella historia que nos invita a conocer al protagonista que da nombre al libro, un niño huérfano que ha llegado a Cerro Azul escapando de su tío, quien lo golpeaba y obligaba a mendigar. Ahí conoce a Mauro, un hombre mayor bastante enigmático, con el cual no solo aprende a leer, sino a surfear; además, aprende a relacionarse con el mar. Juntos cultivan el amor por vivir, la persecución de sus sueños y el enfrentar todo tipo de retos.

OLNEY GOIN DEL RÍO estudió psicología y, desde temprana edad, el maravilloso mundo de los libros lo cautivó. Él confiesa que su pasión oculta ha sido, siempre, escribir. Fue finalista de los Juegos Florales 2010 y 2011 de la Universidad de Lima; asimismo, finalista del premio de literatura infantil "El Barco de Vapor - Perú 2011" con dos títulos... Y este año ganó el premio "El Barco de Vapor - Perú 2012" con *Simón*.



EL BARCO DE VAPOR

A partir de 12 años

ISBN: 978-612-4090-89-9

1 42390



 Hecho en el Perú